

UN MOLINENSE DEL SIGLO XIX: EL TÍO JUAN DE LA COMPAÑÍA

A la abolición de los señoríos jurisdiccionales, a mediados del siglo XIX, dejó nuestra Villa de ser feudo patrimonial de los Velez, y se abrió a todos los vientos de las apetencias políticas. Campo abonado para vivir ricamente a costa de la docilidad, ingenuidad e incultura de sus nobles y pacíficos agricultores, arribaron a nuestras costas espabilados y desaprensivos “señoritos”, que, luego a luego, se hicieron los amos de la situación. Ligeros de bolsillo y sin un palmo de tierra donde caerse muertos, dispusieron, rápidamente de buenas fincas y pingües beneficios.

Los cargos públicos eran para ellos mina inagotable de substanciales ingresos.

Pero hete aquí que se tropiezan en su plácido caminar con una dinastía de huertanos de pura cepa, descendientes de aquel famoso administrador de los jesuitas que se llamó Pedro Larrosa. Moradores de la Casa Compañía desde 1755, constituyeron un clan familiar y decidido, al servicio de los jesuitas, primero, de Manuel Martínez de Lejarza, después, y por último de los Zabálburu, de quienes continuaron siendo fieles administradores. Ante las injusticias, desafueros, tropelías y desmanes de que eran objeto, trataron por todos los medios de parar los pasos a los “ilustrados señoritos”, tiránicos caciquillos del pueblo. Unas veces lo hicieron por su cuenta y riesgo; otras con el apoyo del Apoderado de los Zabálburu, y bastantes en contra del propio Apoderado.

Y a esto se reduce toda nuestra historia política local del agitado y turbulento siglo XIX: lucha de “los de la Compañía” con sus adversarios políticos. Dos bandos irreconciliables, cuyas salpicaduras han llegado hasta mediados del siglo XX. Entre los protagonistas de este semidrama, los hubo de singular relieve, que bien merecen un emotivo recuerdo. Y hoy lo hacemos con el tío Juan de la Compañía. Su filiación: Juan Arnaldos Larrosa, nieto del famoso Pedro Larrosa y abuelo del recientemente desaparecido José María Arnaldos Ruiz.

Tuvo fama, junto con Vicente Martínez Gil, el de las Salinas, de ser el hombre con mas garra electorera de todo el Distrito de Mula. De carácter entero, recto, celador extremado por las cosas de los Zabálburu, capaz de cantarle las cuarenta al lucero del alba; de esos hombres que se entregan por completo al servicio de una causa olvidando por ella a mujer, hijos y hacienda; lego en letras humanas pero doctorado en gramática parda; honrado a carta cabal y fidelísimo hasta el sacrificio. En resumidas cuentas: el tío Juan de la Compañía era de esos rarísimos hombres que lo dan todo por su ideal y no conocen el sabor del dinero. Su situación privilegiada le pudo proporcionar una posición económica envidiable y, sin embargo, vivió pobre y murió en la miseria.

Dios le probó con toda suerte de desgracias familiares, fué acusado, perseguido y encarcelado injustamente por un crimen que no cometió. El propio Apoderado de los Zabálburu llegó a perseguirle cruelmente, desposeyéndole de sus tierras y regalándole a injusto ostracismo. Pero lo que son las cosas: el tío Juan dio al orgulloso Apoderado, Don Eustasio de Ugarte, una de las más bellas lecciones que se pueden dar en este pícaro mundo.

Allá por los años sesenta habia constituido D. Eustasio el flamante partido progresista, del que llegó a ser jefe indiscutible el famoso Cura Párroco de Molina D. Pedro Montoya. El Sr. Ugarte siempre confió mas en los señoritos de zapatos, bigote y corbata que en los sencillos huertanos de zaragüeles y esparteñas. Así le fué al conspicuo y supremo cacique. Y aquí viene lo bueno. Don Mariano Zabálburu quiere conseguir acta de Diputado a Cortes y exige que, previamente se presente el propio D. Eustasio a Diputado Provincial. Contaba el Apoderado con el apoyo de “su” partido progresista. Pero el partido progresista se habia comprometido con otro candidato. Ni ruegos ni amenazas aparearon al cura Montoya del compromiso adquirido. Lo peor del caso es que el cura contaba con todas las autoridades del pueblo, escribientes, empleados y colonos de la “Casa” y nadie era ya capaz de detener el curso de los acontecimientos. Don Eustasio se habia quedado mas solo que la una, y no podia contar con los únicos que aun podian salvarle, por estar con ellos a matar: los moradores de la Casa Compañía.

El ama de llaves de D. Eustasio llega una tarde a Molina, a ver cómo andaban las obras que se realizaban en la Compañía. Cuenta, llorando amargamente, la triste situación en que se encontraba D. Eustasio, a mi abuelo Antón y a su padre. Estos la animaron y dieron alguna esperanza, si D. Eustasio en persona se lo pedía. A las ocho de la mañana siguiente estaba éste en la Compañía y se repitió el abrazo de Vergara. Mi abuelo Antón se encargaría de dirigir las elecciones, pero con una condición: que a su tío Juan tenía D. Eustasio que darle “personalmente” carta blanca en el asunto.

-“ Pero, ¿vendrá si le llamo?.-

-“ No dude Vd. nunca de ese hombre“- le contestó mi abuelo.

Eran muchas las personas que habia en la puerta de la Compañía, que sabían la tirantez de relaciones entre el Apoderado y el tío Juan y deseaban presenciar el acto de reconciliación entre ambos.

-“ Ya viene“- dijeron algunos de los presentes.

Y D. Eustasio se adelantó para recibirle hasta cerca de la vereda. “La gentil figura de mi tío Juan, en vez de empuñarla las huellas de los sufrimientos morales y materiales, aparecía más gallarda que nunca, a pesar de su sombrero, su vestido y su calzado lleno de agujeros y remiendos. Con su cayado en la mano se presentó ante D. Eustasio, se quita el sombrero, levanta su frente y le da los buenos días”.

Tras los saludos de rigor, D. Eustasio le explica el motivo de su visita. La respuesta del tío Juan es sensacional:

-“ Pues si no es más que eso, puede Vd. escribir mañana mismo a Don Mariano, diciéndole que será complacido con la credencial de Diputado Provincial para Vd. y con la de Diputado a Cortes para él”.

-“ ¿Y si nos equivocamos? “.

-“ Yo no me equivoco nunca, si no pierdo antes la cabeza”.

Y así fué como aquella alma generosa devolvió bien por mal. A las injusticias, los desprecios, la miseria, que le habían venido por la mano del omnipotente D. Eustasio de Ugarte, correspondió el tío Juan de la Compañía con dos credenciales de Diputado. Porque el tío Juan no se equivocaba nunca, ni perdió jamás unas elecciones, con D. Eustasio, sin D. Eustasio o contra D. Eustasio.

Parece ser que la lección de humildad recibida por D. Eustasio no le duró mucho tiempo, y volvió a las andadas de “andar mejor acompañado con señoritos de zapatos y bigote, que con humildes huertanos de zaragüeles y esparteñas”. Y es que en este mundo, siempre, siempre, la historia se repite.

(Las notas y antecedentes del presente trabajo están tomados del volumen núm. 2 de “Biblioteca del Molinense”, titulado “Agentes Histórico-Políticos de Molina de Segura”, de mi abuelo Antón Arnaldos García, secretario que fué de éste Ayuntamiento.)

Manuel Arnaldos Pérez